

Creació Literària

ESTHER RECIO¹

Olga infinita

A Olga Pellicer

Al cumplir los veintinueve, Olga comenzó a cambiar. No fue de repente; eran más bien pequeñas ausencias, breves silencios. Ella, antes tan dicharachera y juguetona, con ese toque a tanto infantil como perverso que sabía manejar con maestría única para vestirse a la vez de provocación y lejanía... comenzó a ser otra. Ella lo tuvo todo: fue hermosa sin insultar con su presencia, inteligente sin humillar, buena sin sacrificios, alegre sin risas estruendosas, parlanchina y en cambio también silenciosa, errática.

Desde aquel mes de mayo, sin embargo, sus silencios comenzaron a hacerse poco a poco más largos, como los días de enero en los que el sol blanco se aferra a los campanarios y proyecta sombras grisáceas, alargadas y oblicuas, sobre las calzadas. Sonreía también. Sonreía y callaba, con sus ojos azules fijos en un punto cada día un centímetro más lejano.

Es ahora, cuando lo recuerdo, cuando me doy cuenta de que fue ya en aquel verano temprano del 97 cuando comenzó todo, y no, como todos creen, después del accidente. Sin embargo, no sé si su paulatino escape, su parsimoniosa ausencia, se debía a un atisbo de su cambio de estado o a una amarga premonición de lo que ocurriría apenas un año después.

Sé que nadie más que yo, que soy su madre, se dio cuenta de la metamorfosis y que los que la conocieron antes dirían que estoy loca si achaco su estado a algo diferente del traumatismo craneoencefálico, pero estoy absolutamente segura de que ella empezó ya antes a comulgar con lo intangible, a ser infinita, y puedo jurar que ya vi el abismo en su mirada un año antes del golpe.

Ella duerme. Hace un año que duerme y que yo vigilo su sueño, pendiente de cada movimiento imperceptible de su rostro. Sonríe siempre. Los médicos dicen que es un rictus provocado por la tetraplejia, pero yo quiero pensar que simplemente tiene sueños felices y que viaja lejos, que patina entre las galaxias por la senda de la materia oscura, que su existencia bariónica se le ha quedado pequeña y que algún Aleph de aquellos de Borges ha venido a instalarse en su alma y ella sólo viaja, observa y es sin existir, la identidad disuelta en infinito.

¹ Escritora.

A veces yo también me duermo y tengo siempre el mismo sueño; un sueño absolutamente diferente cada vez. Yo sé, sin embargo, que siempre es el mismo sueño y que ese sueño es el que sustenta a Olga, que en ese paisaje es donde ella se comunica conmigo, como antes, cuando salíamos a pisar hojas secas y ella me contaba, despacio y extasiada, sus pequeñas aventuras cotidianas y yo lloraba en silencio porque sabía que no podía detener el tiempo, que llegaría este año en el que vivo de recuerdos y sonrisas pretéritas, vocecitas de niña y rasguños en las rodillas. Olga.

Olga que ahora es todo el Universo y es pura posibilidad de serlo, que vive en las probabilidades y explora las potencias. Olga que ahora es ratón en el jardín de su padre y es todos los ratones del mundo. Que es nube y es silencio y es risa y juega a ser simultáneamente todas las sinfonías de Mozart y a la vez el grito primal de todas las parturientas. Que es cada árbol de la tierra y también cada hoja, y la suma de todos ellos. A la vez una y todas las medusas, uno y cada uno de los peces del océano, uno y todos los microorganismos que alimentan las raíces y a la vez todas las raíces y las esporas de los hongos, todos los coleccionistas y todas las mariposas al tiempo; que es una y múltiple, que rueda por el cielo como el viento solano y es también el sol, y es todos los planetas y las órbitas y la gravedad y las cabriolas monótonas de todos los cuerpos celestes que surcan el tiempo, los movimientos circulares que lo crean, el espacio que los contiene y que no existe hasta que ellos no aren la nada para hacerlo surgir. Es también, sí, esa nada, germen del espacio, semilla del tiempo.

Y vuelvo a su circunstancia y es mujer amando. La veo amamantando y siendo amamantada también. La veo engendrando un hijo y todos los hijos e hijas del Universo, siendo ovípara y vivípara, naciendo, pariendo, eclosionando, brotando y germinando. Y tantas formas de vida que no conozco y no comprendo, inefables e invisibles con los ojos pequeños de mi existencia actual.

Es todos los colores y remolino y llama y viento y norte, ecuador, sur y esperanza. Tristeza y deseo, nostalgia y plenitud.

Y es todas las nueces y el martillo que las parte, y camina de mi mano por la nieve en un verano infinito, acechando el añil de los minúsculos abismos que excavan las gotas del deshielo. Y es también el añil y el abismo y la gota y el camino blanco y la huella que lo horada, y el silencio apretado y denso.

Y el aceite rancio de la casa abandonada y las fresas del bosque, escondidas, ácidas. Y la caña de azúcar y la mano que la corta, y el hambre y la miseria. Y Buda y Hitler y también Edith Stein y el fusilado General von Felsenburg.

Y cuando sueño ese sueño múltiple y abismal comprendo sin palabras, como se comprenden las primeras verdades y las miradas y la tristeza y el mar, que todo es ilusión y que la piel que afirma separarnos no es más que la entelequia imprescindible para continuar jugando: Olga no existe, yo no existo y el Universo... tampoco existe.